

$\pi$  (1998)

Manifestación metaangustiosa; en tanto necesita golpear teme la respuesta; puerta y precipicio, mirar al sol y quedar ciego. Anhelos originarios de encontrar y transmitir una identidad, de aferrarse a una confianza (repaso de convicciones), de dar forma a un sistema, es decir, obtener una certeza, garantía. En la persecución de un sistema se crea otro, como espejo de obsesión. Flujo íntimo compartido; desnudo de espaldas, exposición, cabeza afeitada. De un ojo que se abre y mira (afuera) a un taladro que perfora, penetra. Sangre y píldoras.

Concibo esa secuencia del metro como la mejor metáfora: cierto acecho (sonoro) ante la tentación clave de explorar la propia constitución en ese cerebro de deshecho, de cometer un desvarío. El interés reside en la relación, el tránsito, la incursión-exploración en sí misma. Antes hay desconocimiento y después decepción. Atravesado, el cerebro es asqueroso, nunca más atrayente. Integrarse en el sistema, ser parte de, autodefinirse; no ser, por más tiempo, sin un sistema.

Jorge Oter

\*

Max no conoce el mundo, se aísla en su cascarón robotizado donde no cabe el más mínimo resquicio de naturaleza (el invasor, las hormigas, es aplastado). El espectro de los sentidos choca contra las paredes. Los gemidos de las relaciones sexuales son tan sólo ecos aparentemente ajenos al protagonista. No hay lugar para las relaciones interpersonales, el flirteo con su vecina es un imposible. La carcasa humanoide se presenta como el lastre, la causa del "*fallo humano*" y el desvanecimiento (en forma de jaquecas y ataques).

Esta inexperiencia vital es suplida por la pura abstracción teórica en busca de una explicación matemática de la vida que ofrezca un modelo (con el correspondiente contrapunto de las figuras formadas por la nata disolviéndose en el café o el humo de un cigarrillo). El caos reducido a un dibujo geométrico: la generalización llevada al absurdo por ese hijo bastardo de la sociología y la ciencia matemática. El discurso científico elevado al máximo exponente para destruirse a sí mismo al equipararse con otro, el discurso religioso. A partir de ahí no queda nada, él ubicado en un no lugar, en un blanco puro que responde quizás al nombre de Dios, quizás a  $E=mc^2$  o quizás a la locura extrema. Nota personal: no taladrarme el cerebro.

Germán Rodríguez

\*